

**Septiembre 18, 2001**

## **AFGANISTAN: UN HUESO DURO DE ROER**

**Por Agustín Saavedra Weise**

En estos momentos resulta aventurado escribir sobre temas vinculados con el reciente ataque terrorista a los Estados Unidos ocurrido el pasado 11 de septiembre. Y lo es por la sencilla razón de que está en marcha todo un operativo militar montado por la superpotencia herida y que no se sabe cuando iniciará sus actividades, aunque ya se dijo que se ingresaba en una “nueva guerra” y que este conflicto, de inéditas características, “será largo”.

En todo caso, los cañones apuntan hacia Afganistán, ya que allí se refugia el enemigo público número uno de USA, Osama Bin Laden. Al mismo tiempo, el régimen actual de los fundamentalistas islámicos radicales (talibanes) resulta particularmente antipático, tanto a los Estados Unidos como al resto del mundo, incluidos muchos musulmanes.

Lo que todavía no se comenta, empero, es cómo y de qué forma se realizará el ataque al montañoso y mediterráneo país asiático, pero también se ha dejado entrever que habría acciones por aire y tierra.

Afganistán siempre fue difícil para los extranjeros y para los propios afganos. Con una superficie territorial de 647.497 kilómetros cuadrados y una población que excede a los 20 millones de habitantes, la historia del país desde su creación en 1747 ha sido –por decir lo menos– turbulenta.

Las tribus afganas se han destacado por sus permanentes luchas internas, pero también por su férrea unión cuando tuvieron enemigos externos.

El otrora poderoso Imperio Británico quiso abrir hacia el exterior al Afganistán, con la esperanza de que este país sirva de nexo vial entre Medio Oriente y la India. Se inició así una serie de guerras afganas (la última en 1919) a lo largo de las cuales los ingleses fueron una y otra vez derrotados. En el famoso Paso Khyber (ruta tradicional hacia lo que hoy es Pakistán) el poderoso ejército colonial de los ingleses fue masacrado en 1841, en la más aplastante derrota sufrida hasta entonces por el poderoso cuerpo militar británico destacado en la cercana India.

Independiente justamente luego del último conflicto contra Gran Bretaña y poco

después de la Primera Guerra Mundial, Afganistán inició su vida soberana bajo una monarquía, tibio y endeble manto político que cubría las tradicionales divisiones intestinas de esa nación, que ciertamente continuaron.

Como resultado de las luchas fratricidas y a pedido de una de las facciones en pugna, Afganistán fue invadido por la entonces Unión Soviética a fines de 1979, provocando una repulsa general entre los estados occidentales y en particular, de la otra superpotencia contendora de la época: Estados Unidos.

Casi como por arte de magia se disiparon las divisiones entre afganos para echar al invasor. Apoyados y ayudados fuertemente por los equipos bélicos donados por los norteamericanos, los famosos “Mujahaidines” (luchadores por la libertad) fueron un verdadero dolor de cabeza para las tropas rusas ocupantes, que poco a poco se fueron desmoralizando hasta provocar su propio y amargo Vietnam, tal como les sucedió a sus rivales de USA pocos años antes, también derrotados por un ejercito nacionalista defensor de su suelo.

Al retirarse los soviéticos –entre 1988 y 1989– se volvió a la anarquía y a la tradicional disputa interna.

Luego de una serie de sangrientas batallas, finalmente –por ahora– se impuso la cara más ruda y radical del Islam afgano: el grupo de los llamados talibanes, quienes rigen ahora los destinos de este atormentado país desde Kabul, su capital.

Si los anunciados ataques de EE.UU. se producen pronto, no sería extraño que los talibanes salgan del poder y en su lugar ascienda alguna facción rival pro occidental. Todo esto está por verse.

Lo que importa destacar, en todo caso, es que ir contra Afganistán no es como ir a un picnic. Históricamente han probado los afganos ser fieros combatientes y han sabido defender su territorio del enemigo externo con increíble tenacidad, en triste paradoja frente a sus endémicas luchas internas. Han sido verdaderamente inconquistables por centurias.

Un pueblo pobre pero aguerrido y una geografía difícil, conspiran contra lo que se planifica desde el otro lado del mundo alrededor de escritorios, mapas, satélites y computadoras.

Si cabe un alerta, recomiendo a los nuevos estrategas del Pentágono y de la OTAN una simple lectura de la historia. Afganistán es un hueso duro de roer. La guerra, si ocurre,

no será fácil.

-----0000-----